

EL SANTO ABANDONO

Dom Vital Lehodey OCR (1857 – 1948), era un cisterciense francés, abad y místico. Se le considera un clásico de la literatura espiritual.

Asistió al seminario de sacerdotes en Coutances y fue ordenado sacerdote en 1880.

En 1890 entró en el monasterio de Bricquebec de la orden de Vital (de Vitalis de Savigny). Desde 1892 fue prior y abad de 1893 a 1929.

En 1912 escribe *Los caminos de la oración mental* y en 1926 *El santo abandono*.

El Santo Abandono es la perfecta y amorosa conformidad con la voluntad de Dios, camino por el que necesariamente han de discurrir las almas que aspiran a la santidad.

Abramos su libro por el capítulo 1º donde se habla de la naturaleza del santo abandono:

“Ante todo, ¿por qué la palabra abandono? Monseñor Gay va a darnos la respuesta en página luminosa hartamente conocida: « Hablamos de abandono -dice-, no hablamos de obediencia... La obediencia se refiere a la virtud cardinal de la justicia, en tanto que el abandono entronca en la virtud teológica de la caridad. Tampoco decimos resignación; pues aunque la resignación mira naturalmente a la voluntad divina, y no la mira sino para someterse a ella, pero sólo entrega, por decirlo así, a Dios una voluntad vencida, una voluntad, por consiguiente, que no se ha rendido al instante y que no cede sino sobreponiéndose a sí misma. El abandono va mucho más lejos. El término aceptación tampoco sería adecuado; porque la voluntad del hombre que acepta la de Dios... parece no subordinarse sino después de haber comprobado sus derechos. De manera que no nos conduce a donde queremos ir. La aquiescencia casi, casi, nos conduciría... pero, ¿quién no ve que semejante acto implica todavía una ligera discusión interior, y que la voluntad asustada primero ante el poder divino sólo se aquieta y se deja manejar después de tal discusión y desconfianza? Hubiéramos podido emplear la palabra conformidad, que es convenientísima y, si cabe, la consagrada para la materia, como lo hiciera el P. Rodríguez, que con este título compuso un excelente tratado en su libro tan recomendable: De la Perfección y Virtudes cristianas. Sin embargo, este vocablo refleja mejor un estado que un acto; estado que por lo demás parece presuponer una especie de ajuste asaz laborioso y paciente. Al pronunciarla surge la idea de un modelo que un artista se hubiese esforzado por imitar después de contemplarlo y admirarlo. Y aun cuando la conformidad se lograra sin trabajo, siempre quedaría algo, un no pequeño resabio de frialdad... ¿Nos hubiéramos expresado con más acierto de habernos servido de la palabra indiferencia (palabra mágica en los ejercicios de San Ignacio), la cual es muy usual y también muy exacta por cuanto expresa el estado de un alma que rinde a la voluntad de Dios el perfecto homenaje de que pretendemos hablar...? Es palabra negativa, pero el amor se sirve de ella tan sólo como de escabel, siendo cierto que nada hay en definitiva tan real como el amor. La palabra más indicada en nuestro caso era, por tanto, abandono».

Y en verdad, no hay otra que así describa el movimiento amoroso y confiado con que nos echamos en manos de la Providencia, al igual que un niño en los brazos de su madre. Es cierto que esta expresión estuvo arrinconada largo tiempo en atención al abuso que de ella hicieron los quietistas, pero recobró ya el derecho de ciudadanía y hoy la emplean todos de un modo corriente; nosotros haremos lo mismo, después de precisar su sentido. «Abandonar nuestra alma y dejarnos a nosotros mismos -dice el piadoso Obispo de Ginebra-, no es otra cosa que despojarnos de nuestra propia voluntad para dársela a Dios.»